

PINOCHO

AÑO. III
NUM. 144

25 cts

20. NOVIEMBRE
1927



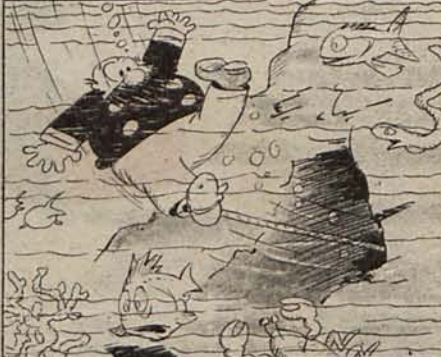
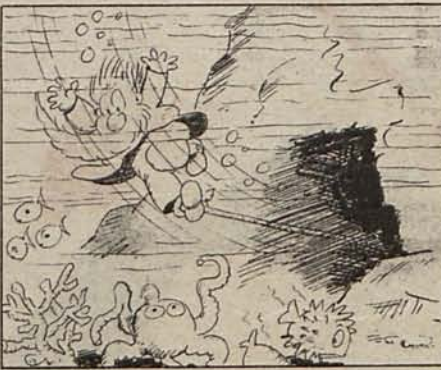
¡ATIZA! ¡AHORA VAS A TENER
QUE PESCAR LOS TIRANTES!

PINOCHO



SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A. - ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN. ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447. SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.

La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón



Copyright Pine Publishing Co. (New York World) 1922.

7-31-27

EN EL PAÍS DEL ORO

CUENTO DE EMILIO SALGARI



ALIFORNIA! He aquí un nombre que hacía palpar el corazón de nuestros abuelos y hasta de nuestros padres.

Corría el año 1845, y de todos los puntos del mundo zarpaban en gran número navíos de toda clase para los lejanos puertos de la América del Norte.

California estaba en la boca de todos, porque producía... ¡la fiebre del oro!... y habíase encontrado oro en cantidades extraordinarias en aquel país, bañado por el Océano Pacífico.

Bastaba excavar la tierra en cualquier lugar para encontrar pepitas y polvo de oro, y desde que un suizo llamado Sutter lo había hallado en el canal de su molino, una enorme masa de gente había invadido aquellas regiones, poco antes casi desiertas.

Narrábanse cosas maravillosas de aquella tierra sembrada de oro, inflamando los cerebros de los hombres más tranquilos e indiferentes.

Decíase que ciertos mineros habían recogido en pocas semanas verdaderos tesoros. Y aunque es verdad que también se decía que muchos no habían vuelto, porque los indios les habían matado o les habían devorados los osos de Sierra Nevada, nadie hacía caso de ello.

Martin Rabaldo, un robusto joven de la provincia de Nápoles, había decidido, como tantos otros, ir a hacer fortuna a California.

En su pueblo no era en verdad muy grande la abundancia. Comía más pimientos encarnados e higos chumbos que pan, y no le parecía justo seguir en aquella vida de miseria, mientras otros no tenían más que agacharse para llenar el saco de oro.

Dotado de cierta audacia e iniciativa, Martin Rabaldo había decidido marchar también al afortunado país para regresar rico cual un nabad.

Una vez vendida la casita que poseía y el buey que le había

servido para arar las escasas tierras paternas, Martin embarcó y, una vez atravesado el Atlántico, primero, y después parte del Pacífico, desembarcaba seis meses más tarde en San Francisco de California, con el bolsillo muy ligero en verdad, pero con el ánimo lleno de esperanzas color de rosa.

San Francisco no era en aquel tiempo la opulenta ciudad de hoy en día, ni disfrutaba la fama de ser la reina del Océano Pacífico.

No tenía los grandiosos palacios que hoy día se admiran, ni los colosales Bancos, ni los numerosos ferrocarriles resplandescentes.

Estaba constituida solamente de una multitud de cabañas y tiendas construidas de cualquier manera y de un número inmenso de casas de juego, en donde los buscadores de oro se robaban mutuamente y a menudo se acuchillaban.

La cantidad enorme de aventureros, llegados de todas las partes del mundo, habían encarecido los víveres a un extremo que no se tiene idea. Figuraos que una libra de pan venía a costar dos pesetas; un par de botas, quinientas, y un traje, mil y aun más. Con cincuenta pesetas al día se corría el riesgo de morir de hambre o poco menos.

El pobre Martin se encontró al segundo día sin un cuarto en el bolsillo y con la perspectiva de enflaquecer rápidamente en el país del oro.

Como hemos dicho, no era hombre que se acobardase fácilmente. Habiendo sabido que el oro se encontraba en las márgenes de un gran río llamado Sacramento, y que para ir hasta allí hacía falta dinero, víveres, un mulo y armas para defenderse de los bandoleros que infestaban los bosques, hizo el propósito de ponerse a trabajar para hacerse con una pequeña hucha.

En aquella época era fácil encontrar trabajo, porque todos los hombres válidos marchaban a las minas.





Marchábanse los criados, los mozos de cuerda, los aprendices y hasta los marineros de los barcos que llegaban al puerto, por lo cual no le fué difícil entrar en una modesta fonda en clase de pinche de cocina.

Martín sabía adaptarse a todo, y helo aquí lavando platos como si no hubiese hecho otra cosa en su vida. En cambio ganaba quinientas pesetas al mes, además de la comida y el alojamiento, paga fabulosa para nosotros, pero que no lo era en aquel país en donde todo costaba carísimo en extremo.

Ahorrando de un lado y de otro, Martín a los tres meses se despedía de los platos y marchaba al país del oro en compañía de dos americanos que aseguraban conocer un lugar donde el precioso metal abundaba extraordinariamente.

Habíanse provisto de zapapicos y azadas, de una artesa de madera, necesaria para lavar las arenas auríferas, de un mulo que les costó mil pesetas, y que habían cargado de víveres, y de armas para defenderse contra los bandidos o contra los indios, aún numerosos y feroces en extremo.

El grupo se había puesto animosamente en marcha, soñando en recoger el oro a espuestas. Martín creíase verse ya propietario de la casa más hermosa de su pueblo natal, de los mejores campos y del ganado más reluciente. No dudaba que tenía que regresar a su patria millonario.

A medida que se iban alejando de la ciudad, el país se iba haciendo más salvaje.

Bosques inmensos cubrían los montes, formados en su mayor parte de aquellos pinos gigantescos, a los cuales los americanos han dado el nombre de *sequoias*, y que son los árboles más altos que crecen en nuestro globo.

¡Figuraos que hay algunos que llegan a medir hasta cien metros!

¡Y qué diámetros el de sus troncos! ¡Se recuerda de uno en cuyo interior se dió un baile en donde pudieron danzar quince parejas!

Bajo aquellos bosques, Martín veía huir pequeños lobos, parecidos a nuestros zorros; enormes bisontes, análogos a nuestros toros, pero tres veces más grandes y con una jiba vellosa; y además, ciervos rojos que escapaban cual centellas apenas veían a los tres viajeros.

Tampoco faltaban los osos enormes, negros, que durante la noche se atrevían a acercarse a los campamentos de los buscadores de oro, y sólo era mantenido su respeto por las hogueras que tenían encendidas hasta ser de día.

Sin embargo, hay que decir que Martín se había acostumbrado a no temerles y muchas veces había hecho fuego contra ellos para que no creyesen los americanos que les tenía miedo.

A los quince días de marchas fatigosas a través de montañas, praderas y bosques inmensos, los buscadores de oro llegaron a las márgenes del río en cuyas arenas debían encontrar las pepitas del precioso metal.

—Este es el lugar —dijo el más viejo de los dos americanos, llamado John—. Si resistimos a las fatigas, haremos una rápida fortuna.

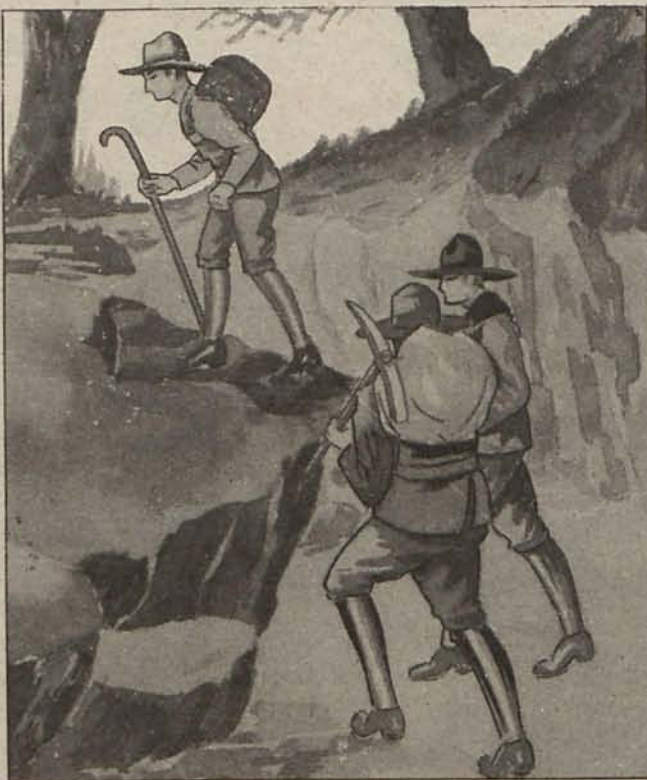
—No pido otra cosa más que trabajar —respondió Martín, que ya le parecía ver brillar el oro entre la arena del río.

Levantaron la tienda junto a un pino gigantesco, rodeándola de un seto de ramas secas para impedir a los osos que se acer-

casen a devorar el mulo; pusieron en orden el equipaje y las cajas conteniendo las provisiones y lo prepararon todo para el día siguiente.

A las primeras luces del alba, Martín y los dos americanos se habían puesto al trabajo.

El primero, por no tener aún práctica, excavaba la arena; los dos americanos, metidos en el agua hasta los muslos, la lavaban en las artesas de madera, operación nada fácil y que sólo se aprende después de largo tiempo. Era preciso mantener sumergida la artesa en la corriente, moviéndola para que la arena y las piedrecitas se marchasen.



(Continuará en el número próximo.)



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Buenos días, curioso Chonón.

—Buenos días, amigo buho.

—Ya sé que has estado en la Casa de fieras.

—Sí, señor; de allí vengo.

Y qué, ¿has disfrutado mucho?

—No lo he pasado mal. Ya sabes que yo soy muy amigo de los animales y me gusta mucho observarlos. Por cierto que hay allí algunos que me parece que no se avendrían nunca a ser amigos míos. El león, el tigre, la pantera y otros animales feroces, ponen una cara de mal humor que impone respeto. Además, se pasan la vida paseando de un lado a otro de la jaula y de cuando en cuando lanzan unos rugidos que le ponen a uno los pelos de punta.

—No hay cuidado ninguno. ¿No ves que están prisioneros entre gruesos barrotes?

—A pesar de todo, imponen. Cuando estaba frente al león he pensado en una cosa que es preciso que tú me aclares. No acierto a comprender cómo se las arregla el hombre para coger vivo a este animal, ni tampoco me explico cómo es posible hacerse con un tigre vivo, o con un oso, o con una pantera.

—El hombre, querido Chononcito, suple con astucia su falta de fuerza. Ya comprenderás que los recursos naturales de que dispone el hombre para defenderse o atacar a estas fieras son absolutamente nulos. Un zarpazo de cualquiera de ellas basta para destrozar al hombre más fuerte. Tiene, por tanto, que arreglárselas por otros medios.

—Si estuviera aquí el chinito que acompaña a Polito en su célebre viaje a la Ciudad de Oro nos colocaría esta sentencia: «Ya dijo el sabio que vale más maña que fuerza».

—Y, efectivamente, es verdad. Toda la fuerza, toda la ferocidad y todo el poder agresivo de las fieras se rinde a los pies de la astucia del hombre. Por algo es el rey de la creación. Su inteligencia le hace superior a todos los animales.

—Pero que conste que hay animales, como tú, mi sabio buho, que merecen los mismos honores que los seres del género humano. Eres listo, inteligente y sabio, y sólo te falta tener la forma humana para ser un semejante mío.

—Claro; si no fuera buho, sería hombre u otra cosa. Y vamos a la caza de las fieras. Para coger un león vivo hace falta, en primer lugar, arriesgarse a penetrar en las selvas donde vive. Después hay que conocer los sitios por donde acostumbra a pasar.

—Eso yo creo que es algo más difícil.

—Para los conocedores de las costumbres del león no hay dificultad alguna. Ellos saben dónde tiene el león su guarida, conocen los sitios donde acecha para hacer presas y saben los caminos que recorre para ir a saciar su sed. Cuando se organiza una patrulla de cazadores de leones vivos, lo primero que hace falta es proveerse de buenas armas de fuego para hacer frente a cualquier contingencia, y luego de los aparatos, trampas, redes y cepos que se utilizan para la caza. El procedimiento más seguro para el cazador es el del cepo; pero ofrece el inconveniente grave de que casi siempre sufre heridas el león, pues al verse aprisionado entre los dientes del cepo lucha por desasirse de ellos, y hasta hay veces que deja entre la trampa jirones de su carne antes que sacrificar su libertad.

No es, pues, éste el procedimiento mejor si luego ha de destinarse el animal a exhibirlo en un parque.

—Por eso se utiliza más el sistema del pozo-trampa. Consiste éste en hacer en el suelo un pozo, en cuyo fondo se ha colocado una red que tiene una abertura del mismo diámetro del pozo y que puede cerrarse por medio de una cuerda corrediza. Se tapa el pozo disimuladamente con pequeños troncos y ramas. Al lado contrario de aquel por donde ha de venir el león se ponen trozos de carne de caballo, de forma que para llegar a ellos tenga el león que pasar necesariamente por encima de la trampa. Al llegar el león, pisa en terreno falso, y por su propio peso cae al fondo del pozo.

—¿Y no se escapa de un salto?

—La habilidad del cazador consiste en tirar de la cuerda a tiempo para que el león quede aprisionado en la red. Al principio lucha el león con inusitada fuerza para escapar de la prisión; pero el cansancio y el hambre acaban por rendirlo. Entonces se le saca del pozo, siempre dentro de la red, y con habilidad y tacto se le encierra en una jaula, en donde puede ya transportarse adonde se de see. No todos sobreviven a la cautividad, pues muchos mueren del sentimiento que les produce verse privados de la libertad que disfrutaban en la selva.

—Como que es para morir, ¿verdad, buho?

—Yo creo que si a mí me encerrasen en una jaula me moriría de pena.

—No tengas cuidado, que aquí estoy yo para libertarte.

—Gracias, Chononcito, y hasta otro día.

—Hasta que tú quieras, querido buho.



CORRESPONDENCIA



Los Pinochistas que me escriban para que les conteste en esta CORRESPONDENCIA tendrán que esperar las respuestas unos tres meses (o más cuando haya aglomeración de cartas) por la anticipación con que es necesario enviar el original a la imprenta para que recibáis la Revista sin retrasos. Los que tengan prisa y deseen que les escriba en carta particular, deberán enviar con la suya cincuenta céntimos en sellos.

Manuel Arroyo Fernández.—Siete cosas distintas con un solo cupón, no puede ser. Si hubieses leído bien el texto que figura en la cabecera de la Sección de Colaboración, hubieses visto que te hacían falta siete cupones. Como todos tus dibujos son formidables, he tenido que cerrar los ojos para escoger uno, y le ha tocado la suerte al que titulas «Un portero de primera categoría». Este ha sido el elegido por la suerte, y éste será el que saldrá en mi revista. A no ser que me envíes los seis cupones que faltan, y entonces saldrán todos. Abrazos.

Rosa Migueláñez.—Son tan chiquirrititos los cuadritos de tu historietita, que temo que al reproducirlos se pierdan las figuras en la nada. Como la historietita es lindísima, yo creo que vale la pena que repitas el trabajo, dándole mayores proporciones. Para una artista como tú, esto no significa nada. ¿Verdad, linda Rosita? Cariñosos recuerdos de Morronguis, Pirula, Laura, Currinche, etc., etc.

Roberto Sancha.—No puedo publicar tus dibujos porque aluden a una determinada persona de tu pueblo, y es acuerdo inmutable del Gran Consejo Pinochista no aludir a nadie ni para encomio ni mucho menos para censura. Lo siento porque el dibujo es formidable. Tuvo incondicional.

Felipe Manzano.—No sé de eso que me preguntas ni una sola palabra. El fallo del Jurado lo dirá. Entonces nos enteraremos tú y yo. Excuso decirte cuánto me alegraré que entre los afortunados solucionistas figures tú. Abrazos.

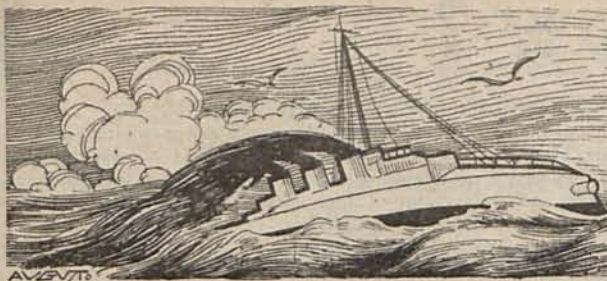
Merceditas Ramos de Vergara.—Así como así has acertado de modo insuperable el delicadísimo gusto de Pirula. La bolsa para labor que has confeccionado es un alarde de buen gusto. Saldrá en mi revista en cuanto le llegue su turno, y yo creo que van a ser muchas las pinochistas que van a aprovechar tu precioso dibujo como modelo. Muy bien, queridísima Merceditas. Cariñosísimos abrazos de Pirula, Laura, Morronguis, etc., etc.

José M.^a Medrano. Me han gustado muchísimo tus graciosos y admirables dibujos. El gato, el torero, el auto y el barco son obras dignas de exponerse. Se expondrán en mi revista tan pronto le llegue su turno. Tuvo incondicional.

Adelina Cuadrado.—Me admira la facilidad con que versificas, y me encanta el tierno asunto de tus versos. Pirula los ha recitado ante una concurrencia distinguidísima, y, ¡asómbbrate!, se han enternecido hasta Tin y Ton. ¿Para qué he de decirte más: ¡van a mi revista. Abrazos muy fuertes de todos.

Antonio Muñoz Garín.—Tu cuento es maravilloso, pero es extremadamente largo para publicarlo en mi revista. Lo que tú me propones, de hacerlo en varios números, no puedo aceptarlo, sintiéndolo muchísimo, porque no es equitativo, ante el derecho de los demás pinochistas, dedicar tanto espacio a uno solo y no dedicar nada a otros, que están impacientes esperando ver sus trabajos publicados en mi revista. Seguramente que tú mismo, con tu clarísima inteligencia, lo verás así. Hazme cositas más cortas, mucho más cortas, y serás complacido. Tuvo incondicional.

Pinocha



EL TORPEDERO DE PRESA

Por A. M. GIANELLA

(Continuación.)

Gente acostumbrada a toda clase de empresas y mandada por hombres astutos y expertos, los malayos habían comprendido en seguida, por las palabras de Barenval, que se encontraban ante un nuevo y formidable enemigo.

Y viéndose perdidos del todo, decidieron, en vez de esperar el asalto, iniciarlo con una sorpresa, echándose de improviso encima del torpedero para impedirle el empleo de sus poderosos medios de destrucción, y obligarle a una lucha de abordaje, en la que esperaban llevar la mejor parte, por la ventaja del número y del valor personal.

Dicho y hecho: los dos barcos, lanzados a todo vapor contra el buque de guerra, recorrieron el breve espacio que entre ellos existía, y Collap tuvo apenas tiempo de lanzar un grito de alarma, cuando los tres barcos se encontraron borda contra borda.

Rodolfo de Barenval y el rajá Kandang aparecieron en cubierta cuando la lucha, furiosa y desordenada, había prendido en todas partes.

Los malayos, armados de antiguas armas de fuego, pero llenos de ardor, trataban de saltar adentro del torpedo y de herir a boca de jarro a los marineros, los cuales, pasados los primeros momentos de confusión, se habían desparado por acá y allá, resguardándose tras la coraza de las bordas y contestaban con sus disparos de carabina y pistola de precisión, que junto con los proyectiles de los cañones revólver abrían huecos enormes entre la compacta masa de los enemigos que hormigüeaban en los puentes y a lo largo de las bordas.

Los infelices, heridos también por los fusiles y los cañones de pequeño calibre del barco del rajá, caían a puñados, rugiendo, maldiciendo y luchando con la estoica temeridad de quien desafía a la muerte.

Barenval, dominado de una idea repentina, recorrió en cuatro saltos el espacio que le separaba del telégrafo de las máquinas, y mientras el príncipe, a su lado, descargaba con tranquila puntería su revólver contra sus enemigos más próximos, ordenó:

—¡Máquina atrás, toda!

El torpedero, siempre en presión, estuvo inmóvil un cierto instante, pero en seguida tuvo un estremecimiento, igual al de un gigante que despierta de un largo sueño, dió un resoplido, y se movió, primero lentamente, después con rapidez, hacia atrás, alejándose, y rozando un poco al vapor del rajá, con crujidos largos y rechinantes.

Los malayos no pensaban en la posibilidad de una maniobra tan sencilla que tenía que inutilizar en pocos instantes su audaz tentativa, y prorrumpieron en grandes gritos de furor y en un coro de blasfemias.

Los dos barcos piratas encontráronse solos.

En torno de ellos el mar estaba todo manchado de sangre; los cadáveres aparecían y desaparecían en la superficie, y alguno que otro herido caído en el agua, trataba de agarrarse con las manos a los costados de los barcos y volvía a caer gimiendo, para aparecer más lejos y más extenuado.

Con loca obstinación los dos barcos empezaron la persecución del torpedero que, después de haberse alejado unos

centenares de metros, como si quisiera escapar y ponerse fuera de su alcance, empezó a hacer evoluciones, cual ave de rapina que busca el momento oportuno de sorprender y caer sobre su presa.

Rodolfo de Barenval estaba furioso; cinco de sus hombres: tres expresidarios y dos ingleses, habían sido heridos quedando inútiles por unos cuantos días.

Juraba, daba órdenes breves y fulminantes, cual disparos de pistola, y aseguraba a gritos que su venganza sería terrible. Entretanto, los dos barcos del *arung* se acercaban, se acercaban más y más, mostrando los costados agujoneados por los proyectiles y estriados por líneas verticales sangrientas, veíanse los tripulantes correr de un lado a otro, moviéndose diabólicamente, blandiendo armas, cargando los cañones, voceando, amenazando...

De pronto resonó una espantosa detonación; pareció que el mar se alzaba merced a una fuerza desconocida e irresistible; eleváronse dos altísimas columnas de agua, permanecieron un momento inmóviles, suspendidas, y en seguida cayeron con estrépito horrible, esparciendo en torno un furioso oleaje, cual de tormenta.

¿Y los dos barcos?

¿Dónde habían ido a parar, amigos míos, los dos pobres barcos y los infelices que los tripulaban?

Hechos pedazos, destruidos, hundidos.

Los torpedos del *torpedero de presa* habían realizado su obra terrible. Por fin empezaba Kandang a saborear el triste placer de la venganza.

El *arung* Sudharah, proclamándose soberano de Tomini, y creyéndose ya seguro del todo, después de la fuga de su predecesor, pasaba los primeros días de su reinado en una orgía perpetua, en la que tomaban parte con gran entusiasmo todos sus secuaces.

Proveía, de este modo, como buen gobernador de los pueblos, a la felicidad de sus nuevos súbditos, abandonándolos a la canalla que le había seguido en su empresa.

Un sordo malestar, un agudo horror del estrago realizado y una vaga añoranza por el antiguo príncipe, infeliz y fugitivo, se había abierto paso entre el pueblo, que abría los ojos y advertía que había caído de mal en peor al cambiar de amo.

Una noche dos buques con los faroles apagados entraron en la profunda ensenada del golfo de Tomini, dirigiéndose la proa a una playa desierta, inmediata a la capital y desembarcaron un fuerte contingente de hombres armados.

Si se hubiese podido observar a aquella tropa habríase reconocido a los partidarios de Kandang, huídos al fugarse el monarca y guiados ahora por el propio príncipe y un oficial europeo.

Después de la destrucción de los dos barcos, el torpedero, remolcado al vapor, había marchado a las costas orientales de Celebes, cruzando cerca de tierra y desembarcan-

do en varios puntos fieles servidores del rajá, con una misteriosa misión.

Unos cuantos días después de esta maniobra, los dos barcos, llenos de amigos del príncipe y descontentos del nuevo gobierno, reunidos por los emisarios de Kandang, hacían rumbo hacia Tomini.

El momento para un golpe de mano era favorable: la noche oscura, el *arung* sin sospecha alguna, los suyos esparcidos y los caminos casi sin vigilancia.

Ya en tierra, los hombres de Kandang dividiéronse en dos fuertes columnas, una conducida por el príncipe y Rodolfo de Barenval y la otra capitaneada por un oficial del rajá y Maurical.

Cada una de ellas llevaba un pequeño cañón-revolver que se podía montar y poner en batería fácilmente.

Collap, el capitán holandés, y los demás, habían quedado o bordo prontos a apoyar la expedición o a proteger su retirada con la artillería de los barcos.

El rumor de que el legítimo soberano de Tomini había vuelto con fuerzas para echar y castigar al infame usurpador se esparció con la rapidez del rayo y puso toda la ciudad en conmoción.

Hubo un levantamiento general, un clamoroso acogimiento por todas partes.

Toda arma era buena, antiguos fusiles, viejos sables, lanzas, arcos y flechas, bastones, piedras, cualquier cosa; y todos se unían al príncipe, engrosando sus columnas, gritando ¡viva el príncipe! ¡muera Sudharah!

Los soldados del *arung*, sorprendidos, eran acuchillados sin misericordia, entre un vocerío ensordecedor.

El rajá y Rodolfo de Barenval fueron llevados en triunfo a palacio, a través de calles estrechas, sucias y por lo general formadas por cabañas, con alguna que otra casita de aspecto de pueblo civilizado; numerosas teas de resina iluminaban la escena.

A lo largo del recorrido no encontraron resistencia alguna. Pero en el palacio real, oscura y maciza masa de piedra, la guardia de Sudharah, allí refugiado, había organizado apresuradamente la defensa, concentrando la extrema fuerza del *arung* en aquel baluarte de su efímero poder.

Sudharah vió llegar desde lo alto del palacio la muchedumbre tumultuosa de la gente armada, y empezó a soltar gritos rabiosos y horribles blasfemias.

De pronto una idea atroz acudió a su mente.

Mandó llamar al jefe de su guardia y le preguntó:

—¿Están cerradas todas las puertas?

—Sí, señor,

—¿Crees que resistirán algo a los ataques del enemigo?

—Estoy seguro de ello.

—¿Aunque sean batidas con fuego de cañón?

—¡Oh! ¡En tal caso, no lo sé!

—Bueno. ¿Me aseguras la resistencia durante un cuarto de hora?

—Sí.

—Está bien. Ve, prepárame caballos para mí y para todos los demás que puedas, y di a todos que estén prontos a seguirme.

El *arung* quedó solo en la habitación y se puso a reflexionar; treinta de sus hombres estaban repartidos por el palacio, ocupados en cerrar y atrancar puertas y ventanas.

No tenía más que aquel manipulo para defenderle; de los demás, nada sabía, no veía más que el siniestro resplandor de aquellas antorchas iluminando un hormigueo vasto y rumoroso de gente que rugía cual mar enfurecido y amenazaba y pedía su cabeza. ¡Estaba perdido!

Cogió unas cuantas armas, llenó los bolsillos de valiosas joyas, y encendiendo una antorcha de resina alejóse con una feroz sonrisa en los labios.

En las cámaras todo era desolación, llorar y huir de siervos y mujeres aterradas; en la puerta, Kandang y Barenval dirigían el asalto, batiendo furiosamente el palacio con la ayuda de dos cañones emplazados contra la entrada; por

toda la ciudad, el pueblo, exaltado por la victoria segura, seguía haciendo justicia sumaria de todos los secuaces de Sudharah, a quienes podía echar mano.

En pocos minutos las dos puertas del palacio saltaron en pedazos, cayendo con estrépito, y por el hueco abierto precipitáronse los más valientes, guiados por el rajá Barenval y Maurical, blandiendo sus armas y gritando: ¡A ellos! ¡A ellos!...

Nadie se opuso a su paso.

—¡En guardia, príncipe! —dijo el fugitivo de Nou, moderando el ímpetu de los suyos y mirando en torno: ¡Aquí han armado una trampa!

En aquel momento estalló un griterío: ¡fuego! ¡fuego!

El palacio ardía: Sudharah antes de abandonarlo, intentando la propia salvación con la huida, le había dejado preso de las llamas.

—¡Ah, canalla!...

Gritos desgarradores salían de palacio pidiendo desesperadamente socorro.

Muchos echáronse atrás; otros más atrevidos lanzáronse a apagar el incendio, y los demás siguieron a Barenval y al rajá, que recorrían las devastadas estancias blandiendo la cimitarra y llamando a grandes voces a su enemigo. Era en vano: Sudharah, con treinta jinetes, cargado de rico botín, corría en aquel momento a rienda suelta hacia el interior de Celebes; habíase puesto en salvo escapando por la parte de atrás del palacio, que desgraciadamente sus enemigos se habían olvidado de vigilar en seguida.

Cuando los hombres destinados a ello llegaron, el *arung* encontrábase ya lo suficientemente lejos para no ser alcanzado.

Llegó el día.

Después de inauditos esfuerzos el incendio fué vencido; la caza a los amigos de Sudharah había acabado con la muerte de los últimos de ellos, y el pueblo, orgulloso y feliz de haber recobrado a su soberano, lo llevaba en triunfo, junto a Rodolfo de Barenval y a sus compañeros.

Kandang, libre por fin del entusiasmo y delirio de sus súbditos, tomó posesión de su trono, nombró un Consejo de dignatarios para reordenar la administración militar y civil destrozada por el usurpador, y a los pocos días de intenso labor publicó la siguiente proclama, que creemos oportuno reproducir aquí, en la parte que afecta más directamente a nuestros héroes.

EL PRÍNCIPE KANDANG

Al noble pueblo de la soberanía de Tomini:

Pues ha querido el Ser Supremo, Inmortal y Justo que preside los destinos humanos, concedernos la victoria final contra quien osó usurparnos la corona de nuestros abuelos, damos gracias solemnes a El e invocamos la eterna protección para Nos y para nuestros fieles súbditos, para quienes publicamos el siguiente edicto:

I

Perdonamos a todos los que han seguido el partido de nuestro vencido adversario, en la esperanza de que nuestra magnanimidad hará que se conserven fieles en lo futuro.

II

Deseando que la paz y la prosperidad reinen para siempre en este país, hemos adoptado por hijo al glorioso y potente guerrero del Oeste, Rodolfo de Barenval, nombrado por Nos gran almirante de nuestra flota y heredero legítimo del trono, en el que nos ha colocado el Ser Supremo y Justo.

(Continuará en el número próximo.)



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





POLITO EN LA CIUDAD DE ORO



AL VOLAR LA ROCA APARECÍO LA ENTRADA DE LA CIUDAD DE ORO. BASTANTE TIEMPO INVIRTIERON EN PODER DERRIBAR LA SOLIDA PUERTA, TODA DE ORO, Y CUANDO PENETRARON EN EL RECINTO DE LA CIUDAD SE QUEDARON ASOMBRADOS ANTE EL COLOSAL TESORO QUE ALLÍ SE ENCERRABA.



¡HASTA LAS PAREDES SON DE ORO MACIZO!

¡ESTOY ASOMBRADO DE VER TANTA MARAVILLA!

CON TANTA MAGNIFICENCIA A SU ALREDEDOR, LOS AVENTUREROS EXPLORAN LA CIUDAD CON OJOS DE ASOMPRO.



AQUÍ ESTAN LAMACENADOS LOS MATERIALES PARA EDIFICAR UN PALACIO.

PARACE UN MONTÓN DE LEÑA DE ORO.



¡QUE SUERTE HEMOSTENIDO! ¡LAS SILLAS, LAS MESAS, LAS CAMAS, TODO ES DE ORO!

LOS DIOS PROTEGEN A LOS BUENOS.



CUANDO CONTEMOS ESTO A MIS PAPAS Y A TÍO BIM, NO LO VANA CREEK.

A VECES LO QUEES VERDAD NO PARECE NI PROBABLE.



ESTA HUMILDE PERSONA CREE QUE LOS HACEDORES DE TANTA MARAVILLA ESTARAN GOZANDO DE FELICIDAD INFINITA.



ESTE RELIEVE REPRESENTA ESCENAS DE LA VIDA DE LOS QUE HABITARON ESTA CIUDAD.

¡QUE BIEN HICIERON EN ESCULPIR SUS HAZAÑAS EN ORO!

¡Y VO APUESTO A QUEES ORO DEL MEJOR!



¡QUE RICAS DEBEN ESTAR UNAS PATATAS FRITAS EN ESTAS ARTEN DE ORO!

¡ESTOS MORILLOS TIENEN LO MENOS CINCUENTA KILOS DE ORO!



¡MIRAD QUE ENORME ESTATUA HAY ALLÍ!

¡QUE QUIENES HICIERON ESTA CIUDAD, DESCANSEN EN BRAZOS DE LOS DIOS!



¡FIJARSE! ¡ESTA ESTATUA VALE LO MENOS CINCO MILLONES DE PESETAS, Y TIENE UN SOMBRERO DE PIEDRAS PRECIOSAS QUE VALE MAS!

CUENTOS DE CALLEJA

¿QUIEN DE LOS DOS CORRE MÁS?

Castillo



RASE la mañana de un espléndido domingo de verano. El sol se levantaba dorado en el azul del cielo; el viento de la mañana columpiaba las hojas de los árboles, esparciendo su frescura y sembrando el bienestar; las alondras y las golondrinas cantaban en el espacio; las abejas zumbaban, fugaces y hacendosas, y los aldeanos, con sus trajes del domingo, se encaminaban a la iglesia con paso sosegado y en amigable charla. En una palabra: que todas las criaturas estaban contentas y el erizo también.

Este erizo estaba recostado en el muro de su casa, junto a la puerta, con los brazos cruzados sobre el pecho, recibiendo en la cara la brisa de la mañana, y mirando a lo lejos tarareaba a media voz una cancioncita ni mejor ni peor que lo puede hacer un erizo en la agradable mañana de un domingo.

Mientras estaba así cantando se le ocurrió al erizo que entretanto la señora eriza, su distinguida esposa, arreglaba y vestía a sus pequeños, él podía dar una vueltecita por el campo y de paso ver cómo seguía su bancal de nabos. Recomendó a la eriza que no se le pegaran las patatas, le dijo que no se preocupara por los postres, porque ya él los traería y salió a dar el proyectado paseo.

Se acercó primero a una tienda de telas y alfombras que debajo de una col había puesto una araña amiga suya; visitó luego un almacén de granos que unas hormigas habían abierto en un montón de arena, y después de un rato de palique se encaminó al bancal de nabos que les servía de tienda de ultramarinos.

Cerca de él estaba cuando se encontró con una liebre que había salido de su casa con el análogo propósito de visitar también sus coles. Cuando el erizo se apercibió de ella le dió los buenos días amistosamente.

Pero la liebre, que a su modo era una distinguida señora y muy orgullosa además, no contestó al saludo del erizo, y le dijo con aire muy desdenoso:

—¿Cómo es que sales tan de mañana a corretear el campo?

—Voy a dar un paseo —le contestó el erizo.

—¿Dar un paseo tú? —dijo la liebre, y se echó a reír—. Me parece que con tus piernas no vas a ir muy lejos que digamos.

Estas palabras disgustaron extraordinariamente al erizo, pues todo lo podía él soportar menos que hablasen de sus piernas, precisamente porque eran zambas por naturaleza.

—¿A ti se te figura —le dijo el erizo— que puedes hacer algo más con las tuyas que yo con las mías?

—Ya lo creo que sí —dijo la liebre.

—Pues en tal caso pudiéramos probarlo —insinuó el erizo—; yo apuesto a que corro más que tú.

—Esto es cosa de reírse. ¡Tú con tus piernas torcidas! —le dijo la liebre—. Pero por mi parte, sea, si tan grandes deseos tienes. ¿Qué te apuestas?

—Una ensalada rusa —dijo el erizo—, que no sé por qué se me figura que debe de estar muy bien.

—Aceptado —contestó la liebre—; podemos empezar cuando quieras.

—No, no hay tanta prisa —le replicó el erizo—; yo estoy en ayunas todavía. Iré primero a casa y tomaré un bocadillo. En media hora estoy ya de vuelta.

Por el camino iba pensando el erizo para sus adentros:

—La liebre se confía en sus largas piernas, pero yo la cogeré. Se imagina ser una distinguida señora y no es más que una impertinente, y tendrá que pagar su arrogancia.

Cuando el erizo llegó a su casa dijo a su esposa:





—Vístete pronto, que tienes que venir a la vega conmigo.

—¿Qué es lo que pasa? —dijo la eriza.

—He hecho una apuesta con la liebre; hemos de ver quién corre más, y tú has de estar presente.

—¡Oh, Dios mío, marido —exclamó la mujer del erizo—; eres un imprudentel ¿Has perdido el juicio? ¿Cómo te has podido imaginar que puedes vencer a la liebre corriendo?

—Tú déjame hacer a mí —la dijo el erizo—; eso es cosa mía, y ya verás qué bien salgo de esa empresa con tu ayuda. Marcha, vístete y vamos pronto.

La eriza tuvo que seguirle, mal de su agrado. Cuando iban por el camino en amor y compañía, dijo el erizo:

—Ahora escucha bien lo que voy a decirte. Mira, en el campo grande es donde hemos de disputar la apuesta. La liebre correrá por un surco y yo por otro; empezaremos la carrera por la parte alta. Ahora tú no tienes más que hacer que colocarte allá abajo, en el surco, y cuando venga la liebre por el otro lado le gritas, saliéndole al encuentro: «Yo ya he llegado».

En esta conversación llegaron al campo grande. El erizo indicó a su mujer el sitio en que había de colocarse y él echó a andar el campo arriba. Cuando llegó a la parte más alta encontró a la liebre que le estaba esperando impaciente, y le preguntó al erizo:

—¿Podemos empezar?

—Sí —contestó.

—Pues a prepararnos.

Y cada uno se colocó en su correspondiente surco.

La liebre contó: «¡Una, dos, tres!», y partió como un rayo el campo abajo. El erizo sólo andaría unos tres pasos; se agachó en el surco y esperó tranquilo.



Cuando la liebre llegó a toda carrera a la parte inferior, le salió al encuentro la mujer del erizo, gritando:

—¡Yo ya estoy aquí!

La liebre quedó atónita.

Creyó que quien le hablaba era el mismo erizo, pues sabido es que la hembra del erizo tiene el mismo aspecto que el macho.

Pero la liebre pensó: «Aquí anda el diablo metido». Y exclamó:

—¡Vamos a dar otra carrera!

Y volvió a partir como una exhalación, corriendo de tal modo que las orejas se le plegaban sobre el cuello y el lomo por la fuerza del viento. Pero la mujer del erizo se quedó tranquila en su sitio.

Cuando la liebre llegó a la parte superior del campo, lo salió al encuentro el erizo, exclamando:

—¡Yo ya llegué!

Pero la liebre, fuera de sí de indignación, exclamó:

—¡Otra vez, una vuelta más!

—Por mi parte, conforme —le contestó el erizo—, y cuantas veces quieras.

Así corrió la liebre sesenta y tres veces y el erizo sostuvo la carrera.

Cada vez que la liebre llegaba a la parte superior o inferior del surco decían el erizo o su mujer: «¡Yo estoy aquí ya!»

A la carrera sesenta y cuatro la liebre ya no pudo más. Echóse en tierra congestionada y quedó muerta en el sitio.

El erizo llamó a su mujer, y como no esperaban un final tan catastrófico, los dos se fueron a su casa sin pensar siquiera en la ensalada rusa; y si no se han muerto, vivirán todavía.

Y de este modo ocurrió que habiendo dado muerte en la carrera el erizo a la liebre, no se le ha vuelto a ocurrir a ésta el apostar a correr con el erizo.

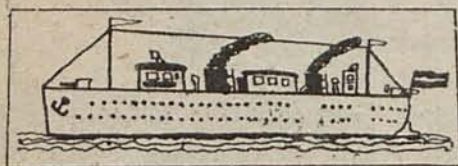
La moraleja de esta historia es: que ninguno debe mofarse del hombre modesto; que siempre es de buen consejo el no hacer alarde de talento o habilidad, pues muchas veces encuentra su castigo el orgulloso en aquello mismo de que se envanece.



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE NOVIEMBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Un trasatlántico.
R. GALBE PUEYO.



Don Turu y Currinche en su «auto».
VÍCTOR JOSÉ GIL.



Morronguis.
JUAN MARTÍNEZ.



Mi casita.



J. S. La cabra loca de Currinche.
S. PERNAU.



Pinocho riéndose de Chapete.
EDUARDO RODRÍGUEZ.



Don Turulato.
A. GONZÁLEZ.



¿Qué difícil es conocerse uno mismo!
ALBERTO YUSTE.



Casita de campo.
ALFONSO ROMERO.



Mi tío Paco.
MANUEL VÁZQUEZ.



Santa Teresa.
MERCEDITAS REY.



En plena carrera.
MIGUEL J. GISPERT.



Mi hermanita jugando con mi perro.
MARÍA MORALES.



Mi tío.
A. RUIZ DE LA ROSA.

VALE por una rebaja del 25 por ciento a favor de mi amigo el pinochista DON...

Pinocha

Todo Pinochista que compre libros en la Editorial «Saturnino Calleja», S. A., obtendrá, presentando este vale, una rebaja del 25 por 100, o sea la cuarta parte del precio, o sea una peseta de cada cuatro que importe su pedido.



Una maceta.
JUANITA ARRAM.



Una fragata antigua.
ANTONIO DIEZ SANDES.



Una choza.
PILAR CIENFUEGOS.



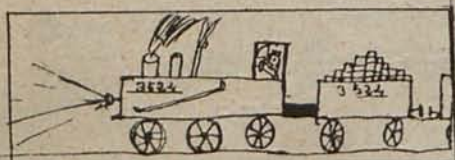
Jugando a los bolos.
LUISA ÁLVAREZ.



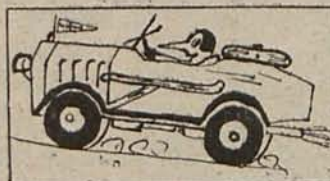
Mi hotel.
PAQUITO MOLINA.



Samitier, chutando.
NICOLÁS MENÉNDEZ.



Una locomotora.
JOSÉ OTERO.



Pinocho a toda velocidad.
OSCAR COLLADO.



Chapete.
MATILDE COLLADO.

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

DEL MES DE NOVIEMBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección, pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente.

EL PERRO QUE SE AVERGONZÓ DE SUS SEMEJANTES



Erased un perro perdiguero, que vivía en una casita de campo, dedicado a dormir, comer bien y cazar cuando su amo se disponía a ello. Un día se extrañó de ver cerca de su casita a varios animales: perros, un gallo y una ardilla, y fué a ver qué sucedía. Su sorpresa fué enorme al encontrarse con que todos estaban disfrazados de una manera absurda. Tal vergüenza le dió al ver la estupidez de aquellos animalitos, que se escondió, sin que se haya podido saber dónde se halla. ¿Lo encontraréis vosotros?

ROMPECABEZAS

Consiste este rompecabezas en trazar dos líneas que, partiendo del pico del pelicano, vaya a parar cada una a un pez. Otras dos, desde la manita de la ardilla a cada una de las nueces, y otras dos, desde la boca de la abeja a cada una de las flores.

Estas seis líneas no deberán tocarse ni cruzarse.

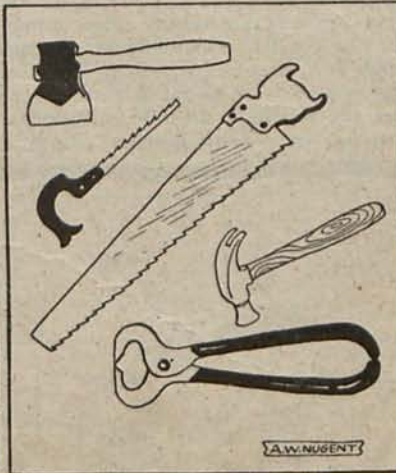


DIBUJO CON ERRORES

Siete son los errores que hay en este dibujo:

Todos son fáciles de encontrar, pues, como veis, se trata de herramientas muy conocidas. Ya veis si serán fáciles, que nada más verlos Chapete, con lo cabezota que es, los adivinó.

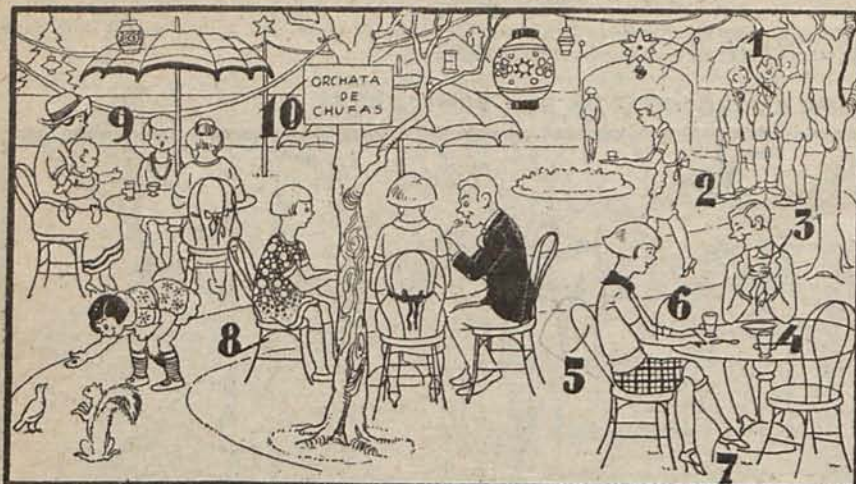
¿Cuáles son?



CONTINUACIÓN DE LAS SOLUCIONES DE PASATIEMPOS DEL MES DE MARZO

DIBUJO CON ERRORES

EL CARNAVAL DE LOS ANIMALES



1. Falta solapa.—2. Falta vuelta en el pantalón.—3. Falta corbata.—4. Sobre un asa.
5. Falta interior del respaldo.—6. Falta vuelta en la manga.—7. Zapatos diferentes.
8. Falta pata en la silla y travesaño.—9. Collar roto.—10. Horchata sin hache.



UN MITIN EN LA SELVA



CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE MARZO

FALLO DEL JURADO

PREMIOS A LA COLABORACION PINOCHISTA DEL MES DE MAYO

NUMEROS 115, 116, 117 Y 118

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «Cuentos de Calleja».

- Primer premio.**—Antonio Herráez, Santiago.
Segundo premio.—Josefina Azpiricueta, Vitoria.
Tercer premio.—Germán Camacho, Madrid.
Cuarto premio.—Enrique Sastre, Madrid.
Quinto premio.—Victor Pradells, Palma de Mallorca.

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «Cuentos de Calleja».

- Cuentos.** { *Primer premio,* Manuel Artis, Barcelona.
Segundo premio, Elisa Rico, Oviedo.
Dibujos. { *Primer premio,* Araceli Méndez.
Segundo premio, F. Letamendia.
Chistes.. { *Primer premio,* Siro Estefanía, Haro.
Segundo premio, Jorge y Enrique Raffo, Argentina.

ACCESITS CON DIPLOMA, consistentes en un diploma con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado.

Bernardino Cueto, Santander; Rafael Covisa, Madrid; Luisa Argüeso, Madrid; Restituto Sánchez, Salamanca; Pedro Lobo, Valencia; Ramón Fernández, Sigüenza; Mateo Orgaz, Huelva; Javier Huerta, Madrid; Mercedes Villena, Zaragoza; Antonio López, Ceuta; Daniel Alamo, Sevilla; Carmen Latorre, Noblejas; Pascual Zaro López, Zaragoza; Nemesio Ocaña, Bilbao; Antonio A. Artiguez, Zamora; Salvador Becerra, Madrid; Jacinto Igual, Córdoba; José Farinelli, Buenos Aires; Luis Campos, Valladolid; Pepita García, Aranjuez; Carlos Muñogrande, Madrid.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid, hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

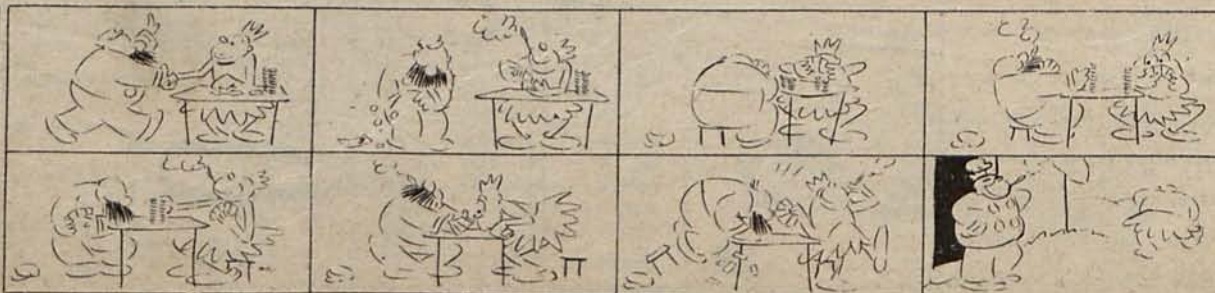
Los Pinochistas premiados con accésit deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accésit».

ACCESITS CON DIPLOMA, consistentes en un diploma con el emblema de Pinocho y el nombre del Pinochista diplomado.

Cuentos.—Joaquín Zugasti, Buenos Aires; Paquito Azorín, Córdoba; Carmen F. de Arellano, Zaragoza; Rafael López, Avila.

Dibujos.—R. Gascón, Pepita Baldasano, Elvira Serrano, A. Casajús, Ricardo Zarzuelo, L. F. Villaverde, Emilio Meneses, José Serrano Cubillo, Leonor Mampaso, Luis Pulgar, Isabel Aguinaga, José Manuel Sevilla, Miguel Almiñana, Josefina Baschurtz, Manuel Alpañés, Aurorita Carrasco, G. de Marco, José Castejón, Eugenia Pereyra, Carlos Frias, Victor José Gil, Joaquín Castejón, Fernando Bernáldez, G. Monje.

¿QUÉ PINOCHISTA QUIERE DIBUJAR LAS CARAS DE LOS PERSONAJES DE ESTA HISTORIETA?



PLANTILLA remitida por

D.

Población

Calle núm.

Provincia

NÚMERO ELEGIDO

| | | | | |
|--|--|--|--|--|
| | | | | |
|--|--|--|--|--|

Debe recibirse antes del día 10 de diciembre de 1927.

| | | | |
|------------------|------------------|------------------|------------------|
| Aquí se pega el | Aquí se pega el | Aquí se pega el | Aquí se pega el |
| Cupón número 1. | Cupón número 2. | Cupón número 3. | Cupón número 4. |
| Aquí se pega el | Aquí se pega el | Aquí se pega el | Aquí se pega el |
| Cupón número 5. | Cupón número 6. | Cupón número 7. | Cupón número 8. |
| Aquí se pega el | Aquí se pega el | Aquí se pega el | Aquí se pega el |
| Cupón número 9. | Cupón número 10. | Cupón número 11. | Cupón número 12. |
| Aquí se pega el | Aquí se pega el | Aquí se pega el | Aquí se pega el |
| Cupón número 13. | Cupón número 14. | Cupón número 15. | Cupón número 16. |

VÉANSE LAS INSTRUCCIONES PARA EL USO DE ESTA PLANTILLA EN LOS NÚMEROS ANTERIORES

Ayuntamiento de Madrid

SECCIÓN PIRULA

PIRULA, MODISTA



Para aprovechar la capita del nene.—Este invierno el *peque* de la casa, el gordinfloncito Pototo, ya no será del todo un *baby*; dentro de poco cum-

plirá el año, y en ese día solemne estrenará su primer pantalón de hombre... cito. Mamá, que se halla pasando revista a la provisión ropera de la casa, ha tenido, al ver la capita de lana blanca de Pototo, una feliz idea, digna de una mamá buena y económica: aprovechará la capa, ya inservible, y de paso le dará una gran alegría a su hija mayor, Ana María, una de mis más fieles y simpáticas Pirulindas.

Desde hace ya algún tiempo, Ana María viene manifestando grandes deseos de poseer un chaleco de lana semejante a los de casi todas sus amigas; pues bien; mamá se lo va a confeccionar en un momento, cortándolo en la capita de lana de los Pirineos, esta capa gruesa, mullida y ligera que ha venido proporcionando un calor tan suave al sonrosado cuerpecito de don Pototo.

El chaleco, además de gracioso, será una prenda utilísima para llevarla debajo del abrigo en los días más crudos del invierno e incluso para guardarlo puesto, durante los recreos, en el jardín del colegio. Puede ribetearse con anchas puntadas de festón y adornarse con algún bordado en realce; pero confieso que este género de adornos me parece ya un poco vulgar; y mamá ha tenido el buen acierto de preferir el aspecto impecable que da al chaleco un galón de lana de color, ribeteando el contorno, los bolsillos cuadrados y las bocamangas.

Para Ana María, que es rubia, el galón será verde o kaki; para una Pirulinda morena, conviene elegir el rojo o el amarillo canario.

CHARLAS DE PIRULA

Relojes.—¡Si será tontona Juanita! Su última ocurrencia es de las que hacen época.

Figuraos que mamá se hallaba atareadísima preparando las maletas de papá, que tenía que marcharse de viaje; por no sé qué motivos, mamá se había retrasado un poco en los preparativos y Juanita la oía murmurar cosas como ésta: «¡Qué tarde se me está haciendo! ¡No me va a dar tiempo! ¡Dios mío, ya son las ocho! ¡Y el tren sale a las nueve! ¡Las ocho y cuarto ya! ¡Cómo corre ese reloj!» Y Juanita exclamó de pronto con júbilo al oír las últimas palabras de la madre: «No te apures, mamina; se me acaba de ocurrir una idea

maravillosa para que tengas tiempo de sobra: no tienes más que correr un poco hacia atrás las agujas del reloj del comedor; las pones en la hora que te parezca, y ya está.»

A pesar de los apuros, mamá ha tenido que interrumpir su faena y sentarse un momento para reír a sus anchas. Luego, a la vuelta de la estación, ha cogido a Juanita en sus rodillas y le ha explicado cosas que todos sabéis, pero que ella ignoraba; porque Juanita no es todavía muy mayor; aún no ha cumplido los seis años, todavía no va a la escuela, apenas sabe leer y le queda por aprender nada menos que casi todo. Ya está enterada Juanita de que nada ni nadie puede detener la marcha del tiempo, de la cual los relojes son bien inocentes, puesto que solamente sirven para marcar el tiempo, que nosotros—es decir, las personas; nosotras las muñecas no hemos hecho nada de todo eso—hemos dividido según las vueltas que da la tierra alrededor del sol y alrededor de sí misma; así llamamos *año* la

duración de cada una de las primeras, y *día* la de cada una de las segundas, etcétera, etc. Juanita, que, aunque parece así algo tontona, es muy lista, lo ha comprendido todo muy bien y ahora siente la vergüenza de no saber leer los relojes; solamente conoce las horas, y aun ha de ser en los relojes que tienen números árabes, o sea corrientes; con la manecilla de los minutos se hace un lío, y los *palotes*, las *equis* y las *uves* de los números romanos la marean.

Entonces ha tenido otra *ocurrencia* más práctica que la primera: para aprender pronto a conocer los relojes, pide a mamá que le ponga uno en su cuarto, uno grande de pared y con números romanos; mamá ha torcido un poco el gesto: «¿No podía aprender en el del comedor? Además, un reloj desentonará en el conjunto del cuarto de Juanita, tan alegre y original, amueblado según la *Sección Pirula*. A mí me parece muy bien la idea de Juanita; bueno es que las niñas se acostumbren pronto a mirar el reloj, a guiarse por él, a ser puntuales, a darse cuenta de que el tiempo pasa a escape y

hay que aprovecharlo y no perder horas ni aun minutos en balde; pero no me parece menos bien la objeción de mamá, y para que el reloj que va a instalar en el cuarto de Juanita (algo me dice a mí que mamá acabará cediendo) esté a tono con la habitación, he ideado algo muy sencillo, muy económico y muy *pirulesco*. Para el cuarto de Juanita, y para cualquier cuarto de niños, sirve un reloj ordinario, aunque sea feo y tosco como los de cocina; hasta sirve un despertador vulgar, que suelen ser los más feos de todos los relojes. Bastará para que el reloj adquiera un aspecto risueño y original, con incrustarlo en una caja de cartón que rodee el cuadrante; este cartón se recorta en la forma que se quiera y se cubre con un papel de dibujos caprichosos; por ejemplo, sirven para el caso ciertas tapas de revistas inglesas. También puede utilizarse una bonita cretona, o un trozo de tela bordada formando una flor.

